

**HARLAN COBEN**

**El último detalle**

UNA HISTORIA DE MYRON BOLITAR



El plácido descanso caribeño de Myron Bolitar junto a una curvilínea presentadora de la CNN se ve bruscamente interrumpido por una mala noticia: Esperanza Díaz, socia de Myron en MB SportsReps, agencia deportiva con sede en Manhattan, ha sido detenida por asesinato. La acusan de haber acabado con la vida de Clu Haid, pitcher de los New York Yankees, cliente de la agencia en la actualidad; el muerto, una estrella del béisbol en declive, se había visto envuelto últimamente en un escándalo de consumo de heroína, lo que acabó definitivamente con su carrera.

Cuando Bolitar llega a Nueva York se encuentra con que ni Esperanza ni su abogado quieren hablar con él. Sólo una cosa está clara: la mujer oculta algo. La investigación le conduce a hechos y lugares sórdidos, incluido un lamentable incidente de su propio pasado que preferiría olvidar, y, sin saber cómo, ha llegado a un callejón sin salida: todo le señala como único sospechoso.

*Para la tía Evelyn de Revere, con mucho, muchísimo amor.*

*Y en memoria de Larry Gerson (1962-1998).  
Cierras los ojos y todavía ves su sonrisa.*

## 1

Myron estaba tumbado junto a una preciosa morena vestida sólo con un tanga, sostenía una bebida tropical sin sombrilla en una mano, el agua turquesa del Caribe le remojava los pies, la arena era una resplandeciente alfombra de polvo blanco, el cielo de un azul tan puro que sólo podía ser el lienzo vacío de Dios, el sol relajante y tibio como una masajista sueca con una copa de coñac, pero él se sentía totalmente desgraciado.

Los dos llevaban en esa isla paradisíaca unas, calculaba, tres semanas. Myron no se había molestado en contar los días. Suponía que tampoco Terese. La isla parecía tan remota como la de Gilligan's: sin teléfono, algunas luces, sin coches, muchísimo lujo, nada parecido a Robinson Crusoe, y bueno, tampoco tan primitiva como podía serlo. Myron sacudió la cabeza. Puedes apartar al chico de la televisión, pero no puedes quitar la televisión de la cabeza del chico.

En un punto medio del horizonte, avanzando hacia ellos y abriendo una herida blanca en la tela turquesa, apareció el yate. Cuando Myron lo vio, se le encogió el estómago.

No sabía con precisión dónde estaban, aunque la isla tenía un nombre: Saint Bacchanals. Sí, en serio. Era un pequeño trozo del planeta propiedad de una de aquellas megalíneas de cruceros que utilizaban una parte de la isla para que los pasajeros nadasen, preparasen barbacoas y disfrutasen de un día en «su isla paradisíaca personal». Personal. Sólo ellos y los otros dos mil quinientos turistas apretados en un pequeño trozo de playa. Sí, personal, muy bacanal.

Ese lado de la isla, en cambio, era muy diferente. Había una única casa, propiedad del director ejecutivo de la línea de cruceros, un híbrido entre una choza con techo de paja y la finca de una plantación. La única persona en un radio de dos kilómetros era un criado. La población total de la isla: quizás unos treinta, todos empleados de la empresa de cruceros.

El yate apagó el motor y se acercó.

Terese Collins deslizó nariz abajo las gafas de sol Bolle y frunció el entrecejo. En tres semanas ninguna embarcación, excepto los enormes barcos de cruceros —que tenían nombres tan sutiles como *Sensación*, *Éxtasis* o *Punto G*—, había pasado por delante de su trozo de arena.

—¿Le has dicho a alguien dónde estábamos? —preguntó Terese.

—No.

—Quizá sea John.

John era el antes mencionado director ejecutivo de la mencionada empresa de cruceros, un amigo de Terese.

—No lo creo —dijo Myron.

Myron había conocido a Terese Collins hacía, siendo generosos, unas tres semanas. Terese estaba «de vacaciones» de su empleo como presentadora de la CNN en el horario de máxima audiencia. Unos amigos bien intencionados les habían llevado casi a la fuerza a una fiesta de beneficencia y de inmediato se habían sentido atraídos el uno por el otro, como si su desgracia y dolor mutuos fuesen imanes. Comenzó como un poco más que un reto: déjalo todo y escapa. Desaparece con alguien que encuentras atractivo y apenas conoces. Ninguno de los dos se echó atrás, y doce horas más tarde estaban en Saint Maarten. Veinticuatro horas después, estaban ahí.

A Myron, un hombre que había dormido con un total de cuatro mujeres en toda su vida, que nunca había disfrutado con citas de una sola noche, ni siquiera en los días en que estaban de moda o claramente libres de cualquier enferme-

dad, que nunca había mantenido relaciones sexuales sólo por la sensación física, sin las anclas del amor o el compromiso, la decisión de huir le había parecido del todo correcta.

No le había dicho a nadie adónde iba o durante cuánto tiempo. Sobre todo porque él mismo no tenía ni idea. Había llamado a sus padres y les había dicho que no se preocupasen, algo equivalente a decirles que desarrollasen agallas y respirasen bajo el agua. Le había enviado a Esperanza un fax y le había dado poderes para administrar MB Sports-Reps, la agencia deportiva que ahora dirigían en sociedad. Ni siquiera había llamado a Win.

Terese lo miraba.

—Sabes quién es.

Myron no dijo nada. Se le aceleró el pulso.

El yate se acercó. Se abrió la puerta de la cabina en la proa, y como Myron se temía, Win apareció en cubierta. El pánico lo dejó sin aire. Win no era de los que hacían visitas casuales. Si estaba ahí, significaba que algo iba muy mal.

Myron se levantó. Aún estaba demasiado lejos para gritar, así que se limitó a levantar una mano. Win asintió con un gesto.

—Espera un segundo —dijo Terese—. ¿No es el tipo cuya familia es propietaria de Lock-Horne Securities?

—Sí.

—Le entrevisté una vez. Cuando el mercado se hundió. Tiene un nombre largo y pomposo.

—Windsor Horne Lockwood III —dijo Myron.

—Sí. Un tipo extraño.

Si ella supiese.

—Guapo como el que más —continuó Terese—, con ese estilo del dinero-rancio, club-de-campo, nacido-con-un-palo-de-golf-de-plata-en-las-manos.

Como si la hubiese escuchado, Win se pasó una mano por los rizos rubios y sonrió.

—Vosotros dos tenéis algo en común —dijo Myron.

—¿Qué?

—Ambos creéis que es guapo como el que más.

Terese observó el rostro de Myron.

—Vas a regresar.

Había una nota de aprensión en su voz.

—Win no hubiese venido por ningún otro motivo —  
asintió Myron.

Terese le cogió la mano. Era el primer momento de ternura entre ellos en las tres semanas desde la fiesta de beneficencia. Podía parecer extraño —amantes solitarios en una isla, sexo constante, ni un beso amable, ni una suave caricia o unas palabras susurradas—, pero su relación iba de olvidar y sobrevivir: dos almas desesperadas de pie entre los escombros, sin ningún interés en reconstruir absolutamente nada.

Terese había pasado la mayor parte de los días dando largos paseos en solitario. Él los había pasado sentado en la playa haciendo ejercicio o algunas veces leyendo. Se encontraban para comer, dormir y el sexo. Por lo demás, se dejaban solos el uno al otro, si no para curarse, al menos para restañar la herida. Myron sabía que Terese también había sido vapuleada, que alguna tragedia reciente la había golpeado muy hondo y duro, hasta el tuétano. Pero nunca le había preguntado qué había pasado. Ella tampoco se lo había preguntado a él.

Una regla tácita de su pequeña locura.

El yate se detuvo y echó el ancla. Win bajó a una pequeña motora. Myron aguardó. Se movió sobre los pies como si se preparase. Cuando la embarcación se acercó lo suficiente a la orilla, Win apagó el motor.

—¿Mis padres? —gritó Myron.

Win sacudió la cabeza.

—Están bien.

—¿Esperanza?

Un leve titubeo.

—Necesita tu ayuda.

Win metió los pies en el agua con mucha cautela, casi como si esperase que sostuviese su peso. Iba vestido con una camisa blanca de tela Oxford de manga larga, un pantalón corto Lilly Pulitzer de unos colores tan chillones como para repeler a los tiburones. El Yuppie Marinero. Su constitución era delgada, pero los antebrazos parecían serpientes de acero que se movían debajo de la piel.

Terese se puso de pie cuando Win se acercó. Win admiró la vista sin que se le salieran los ojos de las órbitas. Era uno de los pocos hombres que Myron conocía capaces de hacerlo. Cuestión de educación. Cogió la mano de Terese y sonrió. Intercambiaron un saludo. Las sonrisas falsas y las palabras inútiles lo siguieron. Myron permanecía rígido, sin escuchar. Terese se disculpó y fue hacia la casa.

Win miró atentamente cómo se alejaba. Después dijo:

—Un culo de primera clase.

—¿Te refieres a mí? —preguntó Myron.

Win mantuvo la mirada bien atenta en el objetivo.

—En la tele siempre aparece sentada detrás de la mesa —comentó—. Uno nunca adivinaría que tiene un culo tan perfecto. —Sacudió la cabeza—. La verdad, un auténtico desperdicio.

—Sí —dijo Myron—. Quizá debería levantarse un par de veces durante cada informativo. Darse unas cuantas vueltas, agacharse, cosas por el estilo.

—Ya estás con lo de siempre. —Win arriesgó una rápida mirada a Myron—. ¿Habéis tomado alguna foto de la acción, tal vez filmado un vídeo?

—No, eso es lo que harías tú —señaló Myron—, o quizás una estrella del rock muy perversa.

—Una pena.

—Sí, una pena, entendido. —¿Un culo de primera?—. ¿Qué pasa con Esperanza?

Terese por fin desapareció a través de la puerta principal. Win exhaló un suave suspiro y se volvió hacia Myron.



—El yate tardará media hora en repostar. Entonces nos marcharemos. ¿Te importa si me siento?

—¿Qué ha pasado, Win?

No respondió, sino que se sentó en una tumbona y se reclinó. Entrelazó las manos detrás de la cabeza y cruzó los tobillos.

—Te diré una cosa. Cuando decides darte el piro, lo haces por todo lo alto.

—No me he dado el piro. Sólo necesitaba un descanso.

—Sí, sí.

Win miró a la distancia, y la comprensión golpeó a Myron en la cabeza. Había herido los sentimientos de Win. Extraño pero probablemente cierto. Win podía ser un sociópata aristocrático de sangre azul, pero, ah amigo, todavía era humano, más o menos. Los dos hombres habían sido inseparables desde la facultad, y no obstante Myron se había largado sin ni siquiera llamarlo. En muchos sentidos, Win no tenía a nadie más.

—Pensaba llamarte —dijo Myron con voz débil.

Win se mantuvo inmóvil.

—Pero sabía que si se presentaba algún problema, serías capaz de encontrarme.

Era verdad. Win podía encontrar la legendaria aguja en un pajar.

Win agitó una mano.

—Lo que tú digas.

—¿A ver, qué pasa con Esperanza?

—Clu Haid.

El primer cliente de Myron, un lanzador diestro suplente en el ocaso de su carrera.

—¿Qué pasa con él?

—Está muerto —respondió Win.

Myron sintió que las piernas le flaqueaban un poco. Se dejó caer en la tumbona.

—Le dispararon tres veces en su propia casa.

Myron bajó la cabeza.

—Creía que se había enderezado.

Win no dijo nada.

—¿Qué tiene que ver Esperanza con esto?

Win consultó su reloj.

—Más o menos a esta hora con toda probabilidad la están arrestando por su asesinato.

—¿Qué?

Una vez más. Win no dijo nada. Detestaba repetirse.

—¿Creen que Esperanza lo mató?

—Me alegra ver que las vacaciones no han perjudicado tus agudos poderes de deducción.

Win volvió la cara hacia el sol.

—¿Qué pruebas tienen?

—Para empezar, el arma asesina. Manchas de sangre. Fibras. ¿Tienes un protector solar?

—¿Pero cómo...? —Myron observó el rostro de su amigo. Como siempre, no dejaba traslucir nada—. ¿Lo hizo?

—No tengo ni idea.

—¿Se lo preguntaste?

—Esperanza no quiere hablar conmigo.

—¿Qué?

—Tampoco quiere hablar contigo.

—No lo comprendo. Esperanza no mataría a nadie.

—Estás muy seguro de ello, ¿no?

Myron tragó saliva. Había creído que su reciente experiencia le ayudaría a comprender mejor a Win. Él también había matado. Es más, a menudo. Ahora que Myron había hecho lo mismo, creía que debería haber un nuevo vínculo. Pero no lo había. En realidad, todo lo contrario. La experiencia compartida estaba abriendo un nuevo abismo.

Win consultó su reloj.

—¿Por qué no vas a preparar la maleta?

—No tengo nada que necesite llevarme.

Win señaló hacia la casa. Terese estaba allí y los miraba en silencio.

—Entonces di adiós al culo de primera y pongámonos en marcha.

## 2

Terese se había puesto una bata. Se apoyó en el marco de la puerta y esperó.

Myron no sabía qué decir. Se decidió por un:

—Gracias.

Ella asintió.

—¿Quieres venir? —preguntó Myron.

—No.

—No puedes quedarte aquí para siempre.

—¿Por qué no?

Myron lo pensó un momento.

—¿Sabes algo de boxeo?

Terese olisqueó el aire.

—¿Detecto el claro olor de una metáfora deportiva?

—Eso me temo —dijo Myron.

—Uf. Continúa.

—Todo este asunto es como un combate de boxeo —comenzó Myron—. Hemos estado esquivando, retrocediendo, eludiendo e intentando mantenernos alejados de nuestro oponente. Pero sólo podemos hacerlo durante un tiempo. Al final tendremos que lanzar un puñetazo.

Terese hizo una mueca.

—Vaya, da pena.

—Una ocurrencia del momento.

—Y no muy acertada —añadió ella—. A ver qué te parece esta. Hemos probado el poder de nuestro oponente. Nos ha tumbado en la lona. De alguna manera conseguimos ponernos de pie. Pero nuestras piernas todavía son de goma, y nuestros ojos apenas si ven. Otro gran golpe y la

pelea se acabará. Lo mejor será seguir bailando. Lo mejor es evitar que te peguen y esperar y mantener la distancia.

Difícil de rebatir.

Guardaron silencio.

—Si vienes a Nueva York, llámame y... —dijo Myron.

—Vale.

Silencio.

—Sabemos lo que pasará —continuó Terese—. Nos encontraremos para tomar una copa, quizá nos metamos en la cama, pero no será lo mismo. Estaríamos incómodos a más no poder. Fingiremos que nos volveremos a reunir, y ni siquiera nos mandaremos una felicitación de Navidad. No somos amantes, Myron. Ni siquiera amigos. No sé qué demonios somos, pero estoy agradecida.

Se oyó el graznido de un pájaro. Las pequeñas olas entonaron su dulce canción. Win estaba en la playa, con los brazos cruzados, su cuerpo terriblemente paciente.

—Que te vaya bien, Myron.

—A ti también —contestó él.

Win y Myron volvieron al yate en la lancha. Un tripulante le ofreció a Myron una mano. Myron la cogió y subió a bordo. El yate zarpó. Myron permaneció en cubierta contemplando cómo la playa se hacía más pequeña. Estaba apoyado en la borda de teca. Teca. Todo en este navío era oscuro, rico y de teca.

—Ten —dijo Win.

Myron se volvió. Win le arrojó un Yoo-Hoo, su bebida favorita, una mezcla entre gaseosa y leche con chocolate. Myron sonrió.

—El primero que bebo en tres semanas.

—Los dolores de la abstinencia —señaló Win—. Han tenido que ser una verdadera agonía.

—Sin televisión y sin Yoo-Hoo. Es un milagro que haya sobrevivido.

—Sí, casi has vivido como un monje —opinó Win. Luego, con otra mirada a la isla añadió—: Bueno, como un

monje que folla mucho.

Ambos estaban matando el tiempo.

—¿Cuánto tardaremos en regresar? —preguntó Myron.

—Ocho horas de navegación —respondió Win—. Un avión chárter nos espera en Saint Bart's. El vuelo dura unas cuatro horas.

Myron asintió. Sacudió la lata y la abrió. Bebió un buen trago y se volvió hacia el agua.

—Lo siento —dijo.

Win no hizo caso de la declaración, o quizás era suficiente para él. El yate aumentó la velocidad. Myron cerró los ojos y dejó que el agua y la suave espuma le acariciasen el rostro. Pensó por un momento en Clu Haid. Clu no había confiado en los agentes —«un peldaño por debajo de los pedófilos», así los describía— y, por lo tanto, le pidió a Myron que negociase su contrato, pese a que Myron sólo era estudiante de primer año de abogacía en Harvard. Myron lo hizo. Le gustó. Pronto aparecería MB SportsReps.

Clu era un desastre adorable. Aficionado sin límites a las fiestas; por no mencionar todo lo que podía meterse por la nariz o por las venas. Nunca acudía a una fiesta que no le gustase. Era un tipo pelirrojo con una barriga de osito de peluche, apuesto, con aire juvenil, un cantamañanas de cuidado e inmensamente encantador. Todo el mundo amaba a Clu. Incluso Bonnie, su sufrida esposa. Su matrimonio era un bumerán. Ella le echaba, él daba vueltas en el aire por un tiempo, y ella lo pillaba en el retorno.

Clu parecía haber estado aflojando un poco la marcha. Después de todas las veces que Myron le había sacado de los problemas —suspensiones por dopaje, acusaciones de conducir borracho, lo que fuese—, Clu había engordado, llegado al final de su reino del encanto. Los Yankees lo habían fichado, lo habían sometido a un duro régimen y le habían dado una última oportunidad para la redención. Clu se había mantenido a raya por primera vez. Había asistido a

las reuniones de Alcohólicos Anónimos. Su pelota rápida había vuelto de nuevo.

Win interrumpió sus pensamientos.

—¿Quieres saber lo que pasó?

—No estoy seguro —respondió Myron.

—Ah.

—La última vez la jodí. Tú me avisaste, pero no hice caso. Un montón de personas murieron por mi culpa. —Myron sintió que las lágrimas asomaban a sus ojos. Las contuvo—. No tienes idea lo mal que acabó.

—¿Myron?

Se volvió hacia su amigo. Sus miradas se encontraron.

—Recupérate —dijo Win.

Myron soltó un sonido: una parte sollozo, dos partes de risa.

—Detesto cuando me mimas.

—Quizá preferirías que te soltase unas cuantas frases hechas inútiles —añadió Win. Hizo girar el licor en la copa y bebió un sorbo—. Por favor, selecciona una de las siguientes y después seguiremos adelante: la vida es dura; la vida es cruel; la vida es un juego de azar; algunas veces las personas buenas se ven obligadas a hacer cosas malas; algunas veces mueren personas inocentes; sí, Myron, la has jodido, pero esta vez lo harás mejor; no, Myron, no la has jodido, no es culpa tuya; todo el mundo tiene un límite y ahora conoces el tuyo. ¿Puedo dejarlo ya?

—Por favor.

—Entonces comencemos con Clu Haid.

Myron asintió, bebió otro trago de Yoo-Hoo, se acabó la lata.

—Al parecer todo le iba de maravilla a nuestro viejo compañero de facultad —dijo Win—. Lanzaba bien. Parecía reinar en el paraíso doméstico. Pasaba los análisis de dopaje. Cumplía con el toque de queda con horas de sobras. Todo eso cambió hace dos semanas cuando un análisis de dopaje por sorpresa dio un resultado positivo.